

---

## LIBRO

---

Simon Collier, William F. Sater: *A History of Chile 1808-1994*  
(Cambridge: Cambridge University Press, 1996).

# LA POSIBILIDAD DE LA DEMOCRACIA Y DEL ORDEN

## A PROPÓSITO DE LA HISTORIA DE CHILE

**Joaquín Fernandois**

### Aparece otra narración

**T**enemos en nuestras manos la obra de Simon Collier y William F. Sater. Los autores, de quienes hablaremos más adelante, ofrecen una historia general de Chile que llena un vacío en el mundo anglosajón. Una buena traducción, empresa que cada día parece más difícil, podría aparecer en nuestro país. Esta *History of Chile* para los siglos XIX y XX, obra en un solo volumen, escrita por dos pares de manos que saben sintetizarse en una sola, muestra las nuevas tendencias historiográficas sin hacer alarde de ser el último grito.

El Chile republicano aparece *formalmente* presentado a partir de la historia política. Las grandes divisiones de la obra representan etapas políticas que en lo general son comúnmente aceptadas. El ‘nacimiento del Estado-nación’, el ‘crecimiento de la República’ y la ‘era del salitre’ constituyen las tres partes del libro, ocho capítulos, dedicadas al siglo XIX. Esto nos hace ver que la perspectiva metodológica de los autores es la de la constitución de Chile como sociedad política. No tiene nada de raro, ya que

---

JOAQUÍN FERNANDOIS. Doctor en Historia. Profesor del Instituto de Estudios Internacionales de la Universidad de Chile y de la Pontificia Universidad Católica de Chile.

este país asomó a la vida por la voluntad política de don Pedro de Valdivia; adquiere ‘emancipación’ por otro cataclismo político, la Ilustración y las guerras napoleónicas; y es como sociedad política que el Chile republicano nos hace ver incluso todas sus manifestaciones que van más allá de la política. El país ha vivido fundándose y refundándose a partir de una esfera pública institucional o arbitraria, oligárquica o democrática, ‘progresista’ o ‘reaccionaria’; pero en todas ellas la redefinición política, ya sea la de 1810, la de 1830, o la de 1970 y 1973, establece una ventana para comprender esta totalidad que es Chile, en la medida en que este país, este como cualquier otro, es una totalidad.

El libro de los historiadores anglosajones puede ser definido como una ‘ventana hacia la totalidad’. Se atienen al criterio de la historia política, pero la mirada se detiene en una infinidad de detalles y vivencias reveladoras. Al tratar el siglo XIX, resaltan los períodos presidenciales. Al mismo tiempo la economía y la sociedad ocupan el puesto protagónico que muchas veces merecen. Los títulos de algunos capítulos, ‘el arreglo (*settlement*) conservador’, ‘una época de progreso’, ‘el impulso liberal’ apuntan a vivencias más abarcadoras que, por ejemplo, la estricta narración de las pugnas entre pipiols y conservadores, o la mecánica de los períodos presidenciales. Economía, sociedad y cultura tienen el espacio debido en esta historia, narrada con pluma fácil y atractiva. Los autores se deslizan de un tema a otro sin anuncios rimbombantes y sin divisiones que parcelen una historia que debe ser percibida como un *continuum* por el lector.

En muchas historias generales de viejo cuño, la economía era un anexo al desarrollo de la historia político-constitucional. En Sergio Villalobos, en cambio, el protagonismo le cabe al proceso socioeconómico. Es cosa de elecciones. En nuestros autores, la economía emerge de una totalidad con un protagonismo que, da la impresión, ocupa más espacio que el que tradicionalmente correspondía a lo que se ha llamado historia política. Es particularmente interesante cuando presentan la circunstancia económica de la guerra del Pacífico. No se trata del mero afán de encontrar una ‘causa económica’ del conflicto, sino de iluminar los factores que condujeron a una circunstancia que tendría influencia vital en el desarrollo del país. William Sater escribió un importante libro sobre la organización chilena de la guerra; aquí los autores toman ideas desarrolladas especialmente por Luis Ortega. Las décadas del salitre ofrecen otra aclaración interesante.

Más adelante, el período del desarrollo de ‘sustitución de importaciones’ está diáfananamente explicado, no sólo en sus grandes líneas, sino que siempre al hilo de ejemplos concretos. En Chile, a esta época se la ha llamado el ‘Estado de compromiso’. Los autores parecen resumir su dile-

ma, sobre todo el de los años de los gobiernos radicales: ‘o más impuestos o austeridad’, para huir y arrojar en manos de la inflación. Relatos acerca de la segunda mitad del siglo XX tienden a destacar las reformas del período del gobierno militar; en este libro se hace un debido y relativamente equilibrado examen de las décadas que preceden a 1973.

Un aspecto que hace atractiva esta obra es la manera fácilmente sistemática con que aborda el desarrollo agrario del país, la historia demográfica y el factor territorial. Sin fotos ni muchos mapas detallados, la pluma grácil de los autores hace presente al lector, de manera constante, pero sin ‘notarse’, que se trata de un territorio, de una configuración geográfica, de un clima determinado; que se trata de muchos lugares, en un país de tan notable longitud. Esto es muy importante para Chile hasta mediados del siglo XX, aunque en la segunda mitad de esta centuria el lugar prominente, hasta el agobio, que llega a tener la capital pone al país ante una posibilidad de drástica alteración.

Pero lo mejor de este libro, en cuanto historia general, es la manera como los autores, sin perder la continuidad y la estructura que, a grandes rasgos, le confieren a la historia política, saben tener aproximaciones a la totalidad por medio de ejemplos y breves pero finas miradas a diversos aspectos de la vida. Antes que cifras y cuadros, nos dice más acerca del carácter agrario y provincial del Chile de los años 1840 el que se le haga presente al lector que había una lechería a una cuadra de La Moneda. El mismo efecto logran cuando hablan del comienzo de las congestiones vehiculares, ‘tacos’, o de *Condorito* para entender algunas virtudes (y gruesos defectos) de los chilenos. Podrían haber explotado más a Joaquín Edwards Bello, y no acuden a uno de los testimonios más lúcidos de la mirada crítica de Chile de ca. 1970, *Don Memorario* de Lukas; tampoco a Juan Verdejo Larraín, por medio del cual Coke —Jorge Délano— quiso mostrar no sólo al ‘roto’, sino que la complejidad social del país. Por otro lado, se adivina el educado oído anglosajón que ha sabido captar ciertas notas que comúnmente escapan en análisis más sistemáticos. Pinochet ha sido sometido a todo tipo de escrutinios. Pero sólo los autores reparan en un hecho elemental: que aunque era un dictador, era un ‘dictador chileno’, en su estilo, en su lenguaje, en sus usos. El general supo hacer llegar este mensaje a la masa, y esto fue un factor de su poder y de su atractivo en algunas capas de la población.

En la última parte, desde 1970 en adelante, el relato se concentra más en lo político y económico. Salvo el estilo sensible de narrar, no hay ni se pretendía ofrecer mayor novedad en el análisis, aunque, como se dijo, con *glances* muy efectivos por ahí y por allá. En su valoración general, no

difieren de autores como Paul Drake, Arturo Valenzuela, Mark Falcoff o Paul Sigmund. Como se discutirá más adelante, como ellos, también ponen en el centro de la atención, y de lo que se podría denominar ‘lo racional’ en la historia de Chile, tanto al gobierno del primer Frei (aquí quizás hay que exceptuar a Drake), como al sistema democrático desarrollado a partir de 1990. Al final ponen en guardia ante el problema del ‘malestar con la política’, aunque con otras palabras: los ‘tiempos felices’ pueden ser ‘tiempos aburridos’<sup>1</sup>. Algo de esto han sido los años noventa en Chile, aunque los chilenos tengamos sentimientos contrapuestos. Esto nos lleva a discutir los problemas que presenta una obra historiográfica como ésta, y a las necesarias observaciones que se le deben hacer.

En términos de equilibrio, uno muy importante, en todo relato histórico, es el que debiera existir entre procesos y personajes. En este caso, se inclina por los procesos, por la evolución general; los hombres y mujeres aparecen de una manera tangencial, salvo las figuras paternales de los presidentes. No es una inclinación muy marcada, aunque algunos esbozos biográficos, por ahí y por allá, hubieran enriquecido el relato. En cambio, la obra destaca porque muestra los ‘personajes’ colectivos de los chilenos.

Una crítica menor que se debería hacer a los autores es el peso que le dan al factor agrario para explicar el desarrollo de Chile. Esto se ve en la importancia económica y social asignada a la reforma agraria, lo que es una distorsión común en los observadores norteamericanos acerca de Chile. Aquí hay que distinguir dos aspectos. Por una parte, Chile es una sociedad mayoritariamente urbana desde la tercera década del siglo. La importancia sobrecogedora de Santiago es muy clara. El peso de la agricultura en la economía nacional ha sido decreciente a lo largo del siglo. La reforma

---

<sup>1</sup> En una crítica radical (en “Small earthquakes”, *Times Literary Supplement*, 7 de febrero de 1997), Alfredo Jocelyn-Holt ha descalificado el libro por repetir una “interpretación convencional”, basada en una presunta estabilidad que le sería inherente al país. Les echa en cara a los autores una narración *painstakingly* y de citar u omitir de manera arbitraria a personas e instituciones. Por lo que se ha dicho, de *painstakingly* el relato no tiene nada; todo lo contrario. Citar a Gabriel Valdés y omitir a Sergio Onofre Jarpa es una de las elecciones necesariamente arbitrarias que siempre se hacen cuando se condensa la historia del país en 389 páginas. Sobre lo convencional, todo es ‘según el cristal con el que se mire’. Si se acepta que lo político —como proyecto, discusión, llamado al ‘orden’ o al cambio total...— ha constituido al país como país, no tiene nada de extraño que sea al menos útil aproximarse a su historia desde esta perspectiva. En cambio, creo aproximarme a la opinión del comentarista cuando se refiere a que el “reencuentro con la historia” es más problemático que lo que aparece insinuado en las páginas finales de esta *History of Chile*. Que en la crítica es decisivo el ojo del crítico es algo que salta a la vista si se compara la reseña de Jocelyn-Holt con la de Cristián Gazmuir, en *Historia* N° 31, 1998. Otra historia general, que aquí no se alcanza a comentar, es el nuevo volumen de Luis Vitale, *Interpretación marxista de la historia de Chile. De Alessandri Palma a Frei Montalva (1931-1964). Industrialización y Modernidad*, tomo VI (Santiago: Lom, 1998). Sobre el libro de S. Collier y W.F. Sater ha aparecido también una reseña de Frederick M. Nunn en el *Hispanic American Historical Review*, Vol. 78, N° 1 (febrero 1998).

agraria tuvo efectos que se parecen a una revolución, pero sólo en lo político, en lo cultural o, quizás, más bien en lo psicológico, nunca en lo económico o social. No hay estudio empírico que demuestre que fueron los asentados los que ‘modernizaron’ el campo, o que hubo un radical cambio en el tipo humano que pasó a ser empresario agrícola. No sucedió nada, al menos hasta mediados de los años ochenta, que no hubiera podido suceder antes de 1973 con políticas de incentivo normales y de seguridad de los derechos de propiedad.

Otra cosa es que el origen agrícola en la encomienda, en la hacienda, en el fundo, la relación patrón-inquilino, la marginalidad del peonaje y el mestizaje, hechos muy comunes a lo largo y ancho del mundo, hayan dejado una huella indeleble en la cultura de la sociedad, en su mentalidad colectiva y en las actitudes individuales de sus miembros. La relación patrón-inquilino se reproduce diariamente hasta nuestros días y, en lo sucesivo, en las poses de arrogancia-resentimiento, no sólo entre diversos grupos, sino que al interior de las mismas personas, que pasan sucesivamente por ambos sentimientos, según la circunstancia. Esto no es necesariamente la piedra de Sísifo, condena universal y definitiva, pero sí un elemento que recorre la mentalidad del país y, en grado ojalá decreciente, nos acompañará para siempre. Si es esto lo que se alude al destacar el factor agrario, no hay nada que objetar, siempre que no haya un embellecimiento o demonización excluyente de *uno* de los sentimientos.

### **¿Cuál es la historiografía nacional?**

No faltarán quienes se extrañen de que se recomiende, a lectores chilenos y de otros países, la obra de dos autores anglosajones. En realidad, al leer historia de Chile, especialmente sobre el siglo XX, asombra la gran cantidad de títulos que se deben a las manos de autores extranjeros. Con mucho, norteamericanos e ingleses son los más numerosos. En los años sesenta y setenta, por añadidura, casi la única historia contemporánea que se escribía, del siglo XX, se debía a este tipo de autores. Ignorar esta aproximación para la comprensión del país era ignorar una dimensión del país mismo. En este sentido, la historiografía anglosajona acerca de Chile podría ser considerada como parte de la ‘historiografía nacional’. Esto tiene el mismo sentido que cuando se habla, por ejemplo, de la literatura sobre el nacionalsocialismo; en estas últimas dos décadas, la mayoría de los títulos provienen del mundo académico norteamericano. Así sigue con una infinidad de temas.

No obstante, al momento de nombrarla como ‘historiografía chilena’, asaltan las dudas. No sólo están muy distantes —a veces, superiormen- te distantes— de la forma de escribir historia que se ha practicado en Chile, al menos hasta *ca.* 1980. También refleja una sensibilidad diferente, un estilo que se impregna incluso en aquellos chilenos, o latinoamericanos, que han hecho carrera académica en el mundo norteamericano. También refleja las preocupaciones intelectuales y los temas públicos del presente de la socie- dad norteamericana. Es aquí donde, entonces, asalta la duda de si puede considerarse adecuadamente como parte de la historiografía nacional.

Tal duda nos lleva a un problema más general. Se trata de la combi- nación de extrañeza, irritación y comprensión renovada que se siente al verse uno mismo —como sociedad— retratado y enjuiciado por otros ojos. Si acercarse a la historia, esa parte de la realidad ‘que ya fue’, es como viajar a otro país; si ‘el pasado es un país extranjero’, escribir historia sobre otro país viene a ser algo así como estar en condición de ser ‘doble- mente extranjero’<sup>2</sup>. De esto se sigue que el sentirse extrañados al leer a extranjeros que narran nuestra historia nos debe servir de humilde recorda- torio de que toda comprensión del pasado es ‘ir al extranjero’. Ya el primer tránsito es suficiente para tornar ‘extranjera’ toda producción historiográ- fica. Además, siempre el pasado que vemos está leído desde nuestro pre- sente.

Sin embargo, quien, a partir de este hecho, concluya que ese pasado sólo es ficción de la mente que escribe, olvida que la lectura persigue el desciframiento. Sólo porque se es capaz de ofrecer un desciframiento más o menos verosímil, según el caso, es que podemos juzgar la calidad de la narración. Las tradiciones intelectuales y sociales de tal o cual sociedad podrán sensibilizar o entorpecer el conocimiento, y no faltan ejemplos para ambos casos. Las universidades norteamericanas son ricas en los dos ejem- plos, o en una mezcla de ambos. Es imposible un aporte norteamericano al conocimiento de Chile, por ejemplo, sin que de algún modo el estilo ‘norte- americano’ (tradiciones intelectuales, desarrollo de la disciplina en tal o cual universidad o tendencia, los temas de debates en Estados Unidos...) deje de penetrar la máquina descifradora del código de la sociedad investi- gada. ¡Si hasta penetra nuestra propia mirada! No podría ser de otra mane- ra, ya que por algo somos parte de una cultura mayor que los confines del país, lo que en sí no tiene nada de malo.

Pero también es cierto que al mirar nuestro pasado no estamos equi- vocados si creemos sentir nuestra realidad de una manera propia y no

---

<sup>2</sup> David Lowenthal, *The Past is a Foreign Country* (Cambridge: Cambridge Univer- sity Press, 1988; original, 1985).

rápida y comunicable. Por ello, parte del conocimiento es la comprensión del otro, de nuestro pasado y del de otros. Por esta razón, también, una sociedad puede aislarse de esta comprensión que otros hacen de ella. Este último caso ha sido la experiencia de Chile. Un reducido grupo de académicos e intelectuales, en quienes las obras de autores extranjeros ejercen influencia a veces arrolladora, y un público culto que ha demostrado una indiferencia no menos arrolladora. Ningún escritor extranjero ha representado para los chilenos lo que Tocqueville ha sido para los norteamericanos. Claro está, en este aspecto Chile no es el único ejemplo. La historia europea puede apuntar a muchos paralelos.

Hay un problema con esta historiografía 'extranjera' o 'chilenología' acerca de Chile, al que nuestros autores, afortunadamente, en general, escapan. Muchos observadores acerca de Chile, junto con colocarnos categorías que nos iluminan de manera sorprendente, e incluso desagradable, explican algo de este país, o de países como los nuestros. A veces esto no nos gustará, pero son los riesgos que hay que aceptar en el proceso del conocimiento. Con todo, se da una distorsión. Se quiere buscar lo 'original' en nosotros, aquello que nos distingue, que no pocas veces se reduce a lo canónicamente 'folclórico', a lo que tiene sabor a 'latinoamericano', las costumbres campesinas, los pobladores, el tango, las canciones protesta, en esta última década los indígenas. Estos últimos, para muchos que efectivamente hemos vivido en nuestros países, nos parecen con más aires de 'indios de Hollywood' que del mundo indígena (o mestizo, más bien) realmente existente. En un último extremo, cuando no se encuentra esta entelequia 'original' en el Chile concreto, se afirma que 'no existe', que es 'ninguna parte' (Raúl Ruiz, *Paula*, N° 779, junio de 1998).

En esta perspectiva, todo lo que se parezca a la vida de las grandes democracias industriales es rechazado como 'falsificación', copia desdeñable, *mauvais copie de l' Europe*, diría con ademán despectivo algún experto, comentando ante sus amigos junto a la *rive gauche*. Todo sería desarraigado, ya sea el desarrollo urbano, la educación, el sistema político democrático y los temas de sus partidos, los artículos de los suplementos culturales cuando no tratan lo que los 'indígenas', los 'dependientes', los 'postcoloniales' deberían aullar por sus 'venas abiertas'. Será un lenguaje muy elegante en la presentación de *papers* en seminarios transnacionales, pero poco tiene que ver con la realidad concreta de nuestros países. Nos originamos en el trasplante de la versión iberoamericana de Occidente, con todo el mestizaje que supuso la conquista. La situación que derivó nos ha condenado a tener una relación dificultosa con la modernización, que fue 'inventada' por otra Europa, no la ibérica. Mas ¿quién ha estado libre de

dificultades con lo moderno? La historia de Chile, como en general también lo comprenden nuestros autores, es la historia de esa manera de asumir la identidad que se puede tener desde el *finis terrae*. Nosotros los chilenos, o los ciudadanos de países análogos, debemos aprender a asumir esta posición como la posibilidad de lograr un tipo de felicidad de la que no siempre estamos conscientes, pero que los extranjeros captan a veces al primer instante. Aunque me parece que se desvían en la explicación, movidos por su pasión de encontrar al 'buen salvaje', nos pueden también enseñar esta dimensión.

Si volvemos al problema original, que una parte importante de la investigación sobre historia de Chile, o sobre el país desde otras disciplinas, la han llevado a cabo extranjeros, se nos hace difícil no incluirlas en la 'historiografía nacional'. Por otro lado, dada su naturaleza, es evidente que responden a tendencias intelectuales de la cultura de origen. ¿Qué sucede cuando los autores demuestran una especial sensibilidad en la comprensión de una materia, sensibilidad que no se desprende sencillamente del método empleado? Veamos el caso de los historiadores que aquí se comentan.

Ambos autores tienen prosapia como historiadores sobre Chile. Simon Collier, conocido estos últimos años por una biografía de Carlos Gardel y gran conocedor del tango, efectuó un decisivo estudio de las ideas políticas de la época de la independencia de Chile<sup>3</sup>. En esta obra mostró el surgimiento de un lenguaje político nuevo, que de alguna manera todavía acompaña al país, casi dos siglos después. Los debates e ideas que entonces se esgrimieron dejaron profunda huella en este país 'discutidor'; sistematizar ese momento y expresarlo en lenguaje moderno fue el mérito de este historiador inglés, ahora avecindado en Tennessee.

William F. Sater ha escrito otros tres libros sobre Chile. Llegó hace 30 años a nuestro país, como muchos jóvenes norteamericanos, a buscar una mina de oro para levantar la tesis 'original'. Sater perteneció al género de los que se anclaron aquí. Su primer libro, producto de la tesis doctoral, causó impresión al mirar a Chile desde un ángulo poco común para los chilenos: cómo éstos 'construyeron' la imagen de un 'héroe secular', en respuesta a la conciencia de crisis de la sociedad finisecular, del siglo pasado, y hay que añadir de este segundo *fin de siècle*<sup>4</sup>. Los otros dos libros, sobre Chile y la organización de la guerra del Pacífico, y una historia de las relaciones entre Chile y Estados Unidos, sólo alcanzaron la lectu-

---

<sup>3</sup> Publicada originalmente en inglés en 1967, aparece como *Ideas y política de la independencia chilena 1808-1833* (Santiago: Andrés Bello, 1976; original en inglés, 1967).

<sup>4</sup> William F. Sater, *The Heroic Image in Chile. Arturo Prat, Secular Saint* (Berkeley, Los Angeles: University of California Press, 1973).



ra de unos pocos especialistas, aunque en el contexto académico norteamericano prestan gran utilidad. No carecen de aspectos polémicos, pero también tienen la ventaja de venir de un observador que no se siente obligado a mostrar enamoramiento del país, lo que no pocas veces es una distorsión inherente a la máquina descifradora de la que antes se hablaba.

### Historia de Chile e historia política

¿Otro manual de historia de Chile? Probablemente muchos dirán lo mismo. Si no se produjeran más obras generales, escucharíamos el reclamo inverso: los historiadores permanecen silenciosos a la hora de pensar históricamente nuestro presente. Pensar históricamente a la sociedad como un todo es una obra inacabable. Dirigirla al público culto, en cambio, requiere de ciertas condiciones diferentes de las que son propias del trabajo cotidiano de una obra académica. También, cualquiera que sea el público, erudito o culto, ilustrado o simplemente curioso, necesitamos de ese tipo de libros que ‘nos ubiquen’. El especialista lo necesita para comunicarse con ‘los otros’; también porque lo hace consciente de las condiciones dentro de las cuales su investigación puede aportar respuestas a preguntas generales. En el conocimiento histórico, éste se supone que debe ser el papel de las ‘historias generales’. Más que un manual, menos que un estudio original en el sentido de la investigación, la historia general supone tanto los ‘hechos’, los procesos, las personas, como algún tipo de interpretación de los hechos.

Una historia general supone que el autor conoce las fuentes de al menos algunos de los temas sobre los que ha trabajado. Esto, sin embargo, no es requisito *sine qua non*. Paul Johnson incluso se jacta de que los ‘eruditos’ trabajan para él. Algunos de sus libros tienen visiones que son un aporte interesante, capítulos nuevos y la necesaria cuota de heterodoxia en unos pocos aspectos. Por otro lado, Johnson hace gala de la mayor arbitrariedad, aunque siempre en la forma de caprichos entretenidos. Esta posición lleva consigo, de manera más o menos subrepticia, el objetivo de poner lo espectacular, lo ‘turbador’, como el centro de la escena. Un libro debería ‘provocar’, ‘subvertir’. Como primera respuesta a tiempos planos, estrechos, alejados de la catástrofe, arrogantes en su miopía, tiene el mérito que tuvieron las vanguardias, el mérito de un Oscar Wilde.

Sin embargo, es un recurso que sólo alcanza estatura de conocimiento mientras se encuentre vinculado a la genialidad. Esto se da raramente; y cuando se encuentra, dura muy poco. El programa de la ‘subversión’ deviene rápidamente en el mayor de los conformismos, ya que

depende del público que aplaude, y que se cansa. También, como lo demuestra el ejemplo del mismo Johnson, se equivocan quienes creen que ‘subversión’ convoca una imagen unívoca. La trayectoria de nuestros autores no corresponde al modelo de historia general de su colega inglés. Más bien se acercan, desde el punto de vista profesional, al de Eric Hobsbawm (*The Age of Extremes*) en su medio cultural, o al de Sergio Villalobos en Chile. Profesionales de la historiografía, que en un momento creen necesario emprender una historia general.

Finalmente, ante la complejidad indomable de los hechos, la marca de una buena historia general será siempre aquella que desencamina o ‘despista’ menos al lector acerca de la totalidad del país o de la circunstancia que quiere dibujar. Es fácil sacar una obra extremadamente erudita, de la cual el lector obtendrá infinidad de datos, pero se le escapará un orden en el cual insertarlos, una lógica o, al menos, unas ideas con las cuales vincularlos. Éste es el papel que puede proporcionar una interpretación inserta en el relato. Pero si se va al otro modelo, el del ensayo general, fracasará ante el lector que no tenga una preparación mínima en el campo que se va a estudiar. Por geniales que sean sus ideas —lo que sólo puede suceder muy de tiempo en tiempo—, estas no alcanzarán a adquirir cuerpo en la mente del lector que quiere buscar lo que sucedió. Un autor de una historia general, hoy día menos útil por ‘desfasada’, pero no menos inteligente, ha explicado este dilema:

En algún punto intermedio entre las generalizaciones seguras acerca de lo acontecido y las generalizaciones inseguras acerca de por qué ha acontecido, se debe encontrar, quizá, la posibilidad de las generalizaciones acerca de cómo ha acontecido<sup>5</sup>.

Una obra histórica ideal debe considerar los tres momentos: el qué, el cómo y el por qué. Se supone que un manual debe destacar el qué, la historia general el cómo. Pero un buen historiador añade que estas reglas se señalan no para delimitar, sino para que el aprendiz sepa qué materia se trae entre manos, qué podrá aprender de cada lectura. Por un tiempo se dio por cerrada la etapa de las historias generales. Pero esto es más válido para ambientes culturales como los nuestros, donde siempre estamos sometidos a la dictadura de la moda, del único crítico existente (o escuela crítica) que dictamina, de cuando en cuando, qué debe hacerse. Siempre se necesitará el manual, el *handbook*, pieza introductoria irremplazable en toda educación y en todo afán de cultura general.

---

<sup>5</sup> David Thomson, *Historia mundial 1914-1968* (México: Fondo de Cultura Económica, 1970), p. 9. Original, 1954.

El interés que Chile suscitara en el mundo en la década de 1970 fue un buen aliciente a este tipo de libros en el extranjero, aunque raramente produjera obras desde la perspectiva de la historia como disciplina. Entre los pocos, estuvo Brian Loveman, con un texto útil, marcadamente escrito desde una visión *radical* (en inglés), lo que aparece reveladoramente en el subtítulo, 'Herencia del capitalismo hispánico'. En Chile, la historia de Chile en varios tomos de Patricio Estellé y otros, de 1974, fue el inicio de un nuevo tipo de manual. El último tomo, sobre el siglo XX, debido a la mano de Fernando Silva, demuestra la ambición de entregar una importante interpretación del desarrollo del país hasta 1970. Después, la *Historia del pueblo chileno*, de Sergio Villalobos, no llega al período republicano, aunque constituye un muy buen ejemplo de cómo la investigación, el ensayo y la interpretación deben convivir en una historia general.

Sustentada con menos investigación monográfica, pero con no menor entusiasmo por entregar, además, una por momentos apasionada interpretación de la historia de Chile, Gonzalo Vial, a partir de 1981, ha publicado ya cuatro tomos de una historia del siglo XX. Por las metas enunciadas por Villalobos y Vial, la obra parece ser infinita, ya que después de dos décadas no han llegado más que a la mitad del período que esperan cubrir. Aparte de manuales que están dedicados más que nada a la enseñanza media, hace falta un libro que comprenda *un* tomo, que entregue al lector culto, pero no interiorizado de la materia, chileno o extranjero, la información, la narración y elementos de interpretación. Los tres ingredientes, basados necesariamente en parte en investigaciones propias, constituyen los elementos fundamentales de una historia general. Se encontrarán en diversa proporción, pero deben estar. El arte propio de cada historiador sabrá entregar la síntesis más adecuada de los tres, o fallar lamentablemente.

Para resumir de una vez nuestra impresión, en el caso de nuestros historiadores la información y la narración están presentes de manera sobresaliente. Es más escasa, y más abierta a la polémica, la parte interpretativa. Sin embargo, el arte narrativo con el que envuelven la historia de Chile salva de manera destacada la obra. Si se me permite, si alguien me solicitara el título de *un* libro que lo introdujera a la historia de Chile, citaría sin ambages este de Collier y Sater. En caso de un hispanoparlante, lo aconsejaría sólo si la traducción, que se anuncia, fuera buena, efectuada por alguien que hable el castellano como lengua cotidiana y que entienda algunas claves del 'chileno'. Si lo traduce un 'hispanic', tendrá el tono metálico y monocorde que uno escucha en CNN.

Se trata de una historia equilibrada, la que menos podría, como se dijo, 'despistar'. Aparte el hecho, naturalmente, de que toda obra de arte o

intelectual, en algún grado nos saca de nuestra ‘pista’, modifica nuestra visión familiar de antes de la lectura. Claro está, lo que se entienda como ‘equilibrio’ en estas cosas es algo opinable. Puede ser un ‘equilibrio’ entre tendencias interpretativas, ya sea intelectuales o ideológicas. ¿Es necesariamente un ‘equilibrio’ de este tipo una herramienta más segura para comprender mejor? También se podría preguntar lo mismo de otro tipo de equilibrio, en temas clásicos, en lo político, lo social, lo económico; o acerca de nuevos temas, como la mentalidad, sicohistoria, historia de género... La elección de uno de estos rasgos puede ser tan arbitraria como un equilibrio matemático entre ellos. Lo más probable es que la tradición intelectual del autor lo lleve a escoger un principio ordenador, una temática que sirva de introducción a una realidad multifacética, pero que para narrarla requiere de puntos de orientación claros y sencillos.

### **Historia del país y democracia: ¿Qué grado de ‘reencuentro’?**

Collier y Sater han escogido la historia política como principio ordenador. Se podría decir que es ‘historia tradicional’, en sentido peyorativo del término. Se ha dicho que la historia política descuida los ‘procesos’, las ‘estructuras’, las ‘fuerzas profundas’; en suma, que se trataría de una historia superficial, de la ‘gente importante’, que no lo es tanto. En estas dos últimas décadas, la historia de lo inconsciente, de los sentimientos, del ‘hombre común y corriente’, ha entregado otro reto más a la historia política. Pero esta crítica ha estado presente en encuentros de historiadores, en publicaciones especializadas y en alguna obra de algunos historiadores importantes. Con todo, la historia política, como rama de los estudios históricos, ha seguido alcanzando gran éxito cara a un público lector y ha experimentado una clara renovación.

Aun en un mundo inundado por el ‘malestar con la política’, la historia política debe tener y tendrá un espacio. Ciertamente debe superar el marco de la narración de ‘eventos’, o de poner marcas temporales, en el caso de Chile, en los períodos presidenciales, salvo que el objeto así lo demande. La historia política es historia del espacio público, historia de cómo los seres humanos se organizan entre sí. En la política moderna, es también historia de cómo razonan entre sí, cómo discurren y racionalizan sus intereses y percepciones; y de cómo este lenguaje, o ‘discurso’, llega a ser un *plus* que se añade con gravitación propia a lo que llamamos ‘realidad’. Incluso el nacimiento de lo ‘privado’, de la ‘diferencia’ en cuanto autonomía o emancipación frente a un poder, sólo puede adquirir realidad a

partir de la existencia de lo público. También, sólo existe porque en cierto grado, en lo ‘objetivo’ o en la conciencia, han avanzado los procesos de democratización. En nuestros días se cita nuevamente la tesis de Hannah Arendt, de que el hombre es un animal político, porque es capaz de discutir con otros hombres; esto es lo constitutivo de lo humano.

Además, después de descubrir el elemento democrático del espacio público, la política moderna no puede efectuar una regresión a sistemas premodernos ni alcanzar, por lo tanto, la creatividad que es posible en muchas sociedades predemocráticas, porque habrá perdido la *espontaneidad* de ese medio. Aunque se vaya perdiendo la noción de *sentido* de la historia, el hombre civilizado deberá seguir alerta frente al peligro de que haya una *involución*. Una actitud como ésta puede hacer pervivir a la política moderna. En todo caso, es a un sector donde debe llegar la historia política.

La historia política, como narración, además de estructura, personas, jerarquía, debe acceder a esta realidad. Entendida de esta manera, la historia política conserva toda su actualidad como principio ordenador de una narración. También, la historia política continúa siendo la manera más práctica, más cómoda, de penetrar la realidad. Aunque alguien crea que no le interesa la historia política, reconocerá que al menos es la excusa más acondicionada para acceder a atisbos de realidad total.

Este libro trata con sensibilidad la atmósfera de los sesenta, los cambios culturales y las costumbres entonces aparecidas, y no esconde la polarización política de esos años. Primero ocurrió, lo que, mirado retrospectivamente, nos condenó ya hacia fines de esa década; con ello se desvaneció también el ‘Estado de compromiso’. No es injusto que el observador quisiera transportarse al pasado, hacia mediados de esa década, para conducir a los chilenos por un camino diferente. Salvo que creamos en un determinismo aplastante, hoy día visto como infantil, se puede decir que esos años ofrecían otra alternativa de la que finalmente se siguió. Pero los hechos sucedieron de la manera que sabemos, y por ello se proyecta una sombra sobre el recuerdo del gobierno del primer Frei. Lo mismo se puede decir de Jorge Alessandri, aunque éste haya creado menos expectativas. Con todo, a muchos observadores extranjeros, la segunda mitad de los años sesenta se les presenta como la culminación de un orden ‘normal’ de la historia de Chile. Al mirar los años noventa, sienten que ese pasado vuelve a la vida. En el caso de nuestros autores, el Chile actual parece un Chile ‘reencontrado’. ¿Es esto algo tan falso?

Para responder, se debe efectuar una reflexión general sobre el modo como los académicos norteamericanos —principalmente— han mira-

do el desarrollo del Chile moderno. A grandes rasgos se pueden dividir en dos grupos: aquellos entusiasmados por la Democracia Cristiana de los años sesenta, y aquellos encandilados por la Unidad Popular. Para otras opciones que a muchos chilenos les parecieron atractivas o inevitables, no existe más que uno que otro ‘despistado’ en la academia norteamericana. Cualquiera que conozca algunos rudimentos de la cultura política norteamericana, y cómo ésta valora al resto del mundo en general y a nuestra región en particular, entenderá por qué los norteamericanos se entusiasmaron ardorosamente con el estilo y las ideas de la Democracia Cristiana. Y comprenderá por qué algunos sectores académicos y críticos de la sociedad norteamericana se identificaron con la Unidad Popular. Algún ‘despistado’ habrá encontrado elementos favorables en el gobierno militar. Indudablemente los autores comentados, en cierta manera, pertenecen a la primera categoría, aunque sin ser ciegos admiradores de la Democracia Cristiana.

Lo que ellos señalan como digno de admiración son las instituciones chilenas, la vida política de los años sesenta como modelo de un deber ser. Quizás porque es lo que más se parecía a la *polity* europea occidental o norteamericana. Toman como juicio definitivo una expresión de Frei, en un momento de su vida (1975) en que se encontraba tremendamente aislado, con todos los motivos para estar depresivo, y que dijo a uno de los autores que estaba optimista por varios motivos ‘irracionales’, el más importante de ellos era que “‘la esencia de la historia de Chile’[...] había sido liberal y democrática con ciertos momentos de reforma constructiva”. Si se toman estas palabras como una interpretación apropiada de la historia de Chile, como lo hacen los autores, es razonable entonces que ellos consideren que la década de los noventa es para Chile el ‘reencuentro con su historia’, como lo llaman. A pesar de 1973, añaden, la tendencia subyacente ha sido la moderación.

En el ambiente intelectual de fines de los años noventa es fácil hacer sarcasmo de palabras como éstas. En la segunda mitad de los años ochenta casi ‘todo el mundo’ hablaba del consenso como una necesidad imprescindible, después de los ‘impresentables’ años de Pinochet. En nuestros días, en cambio, el vértigo de la modernización acelerada y la pasmosa transformación material, junto al ‘malestar con la política’, es decir, la crisis de lo público, han dejado una sensación de empantanamiento. Se ha desarrollado toda una literatura crítica y ‘crítica’, en parte apuntando a las falencias y vulgaridades de la época, advirtiendo acerca de los inevitables desengaños, algunos de los cuales necesariamente debe tenerlos toda época histórica; en cierto modo, parte de esta literatura se mueve dentro del plano del conformismo y la ortodoxia, aunque se empeñe en gestos desesperados de heterodoxia.

Estos últimos no recibirían bien las palabras de Collier y Sater, por su buena crónica de los años noventa, aunque hay que reconocer que podría criticarse como paráfrasis del discurso de la Concertación sobre sí misma. En sí mismo no sería pecado capital, aunque sería insuficiente. Pero ‘todo depende del cristal con que se mire’. Quienes nos formamos cuando el ‘Estado de compromiso’ parecía robusto, aunque entraba en sus primeras etapas críticas, no olvidamos que ‘sabíamos’ que Chile era la ‘única’ democracia en América Latina. Crecientemente fuimos escuchando que era solamente ‘formal’, o que se abusaba de ella para construir una dictadura totalitaria (y escogimos campos antagónicos de acuerdo con esas imágenes). Después, desde 1973 hasta mediados de los ochenta, escuchamos los lamentos melancólicos de que la democracia a lo mejor no había sido tan ‘formal’; después de todo, las formas constituyen la vida civilizada. El argumento era respuesta a la pretensión de ‘profundizar las contradicciones’, así como al otro argumento de que Chile no era un país maduro para la democracia. La primera idea era propia de ciertos sectores de la Unidad Popular; la segunda fue esencial para el gobierno militar en los setenta, aunque la primera también podía favorecer a Pinochet.

La nostalgia por la democracia ¿era espejismo, los eternos mitos chilenos? No parece. Frente a los años de Pinochet algunos se podrán mofar de quienes hablaban del ‘constitucionalismo de las FF. AA.’; pero que en cierto grado existía, no se puede dudar. Ayudó a Allende en sus dos primeros años. Fue una viga maestra del propio Pinochet en el momento de la crisis, 1982/1986, ya que los oficiales habían jurado una Constitución que ponía el entonces mágico conjuro del ‘89’. El consenso que emerge a fines de los años ochenta se construye sobre la idea de que Chile ‘se merecía la democracia’. A lo largo del siglo prevalece la tendencia del movimiento hacia el ‘centro’; las excepciones, que las ha habido, aparecen *a posteriori* como aberraciones o excepciones irrepetibles para los propios actores. En parte por impulsos morales, en parte por inercia, los chilenos arrancan de lo abisal. Si los procesos de democratización, como complemento fundamental pero no siempre existente de la democracia, son incompletos, la construcción de la democracia política tiene fuerte arraigo en el país. En el contexto regional, estas formas han tenido una presencia mucho más marcada, aunque fundamentalmente se trata sólo de diferencia de grado.

Cuando se dice que no hay seudo democracia en el Chile del siglo XX, aparte de los procesos de democratización (alfabetismo, esperanza de vida, sociedad de clase media, estado de derecho, equiparidad de sexos...), se piensa en el modelo de las democracias anglosajonas. Éstas han gozado

de gran estabilidad y de completa obediencia de los militares a la autoridad política, excepto en caso de secesión real o actual: los estados confederados, los *loyalists* en 1914. Además, dicho sea de paso, han sido culturas democráticas que no le han hecho asco a los ideales belicistas, aunque en más de una ocasión para defenderse de un ‘despotismo asiático’ generado por Occidente. Pero fuera de ese espacio, si miramos a España, pensamos en los ‘pronunciamientos’ y en la dictadura de Franco; en Alemania e Italia, en ‘las dictaduras’ por antonomasia, ambos resultados del fracaso de sus respectivos sistemas liberales.

¿Y Francia? El *affaire* Dreyfus mostró tendencias que no alcanzaron a concretarse, aunque evidenciaba las raíces sociales; no se trataba de “cuartelazos”. En 1940 se instaló una dictadura por medios constitucionales, lo que hacía del *appel* de De Gaulle un acto, a lo más, de *intención* constitucional. En 1958 es nombrado Primer Ministro tras una rebelión del ejército en Argelia; en 1961 ese mismo ejército organiza un golpe de Estado que fracasa no por falta de apoyo en las unidades, sino porque no tenía un programa político convincente y porque John F. Kennedy ofreció poner el peso de Estados Unidos y de la OTAN para impedir que los alzados trasladaran sus tropas a la entonces metrópolis. En el famoso mayo de 1968, De Gaulle recurrió a un ‘boinazo’ (sí, perfecta analogía). Mueve tropas por los alrededores de París, hace un publicitada visita al ejército estacionado en Alemania, para pedir apoyo en caso de una rebelión comunista. Por cierto, en ese entonces no la había, pero la expectativa le bastó para que el gran estadista pudiera tener un as en la mano y escenificar un regreso triunfal.

¿Qué nos dice todo esto? No pretendo que mucho. Sólo que fuera de las tierras de origen —las dos principales sociedades anglosajonas— el desarrollo político democrático tenía todas las probabilidades de no ser unilineal. Nadie que mirara la historia de España y Portugal iba a pensar que la creación de sociedades en América sería como el florecimiento de la democracia ‘sin haber sido jamás manchada’. En todo caso, la violencia que acompañó la emancipación al menos anunciaba ‘algo’. En este contexto, Chile ha tenido la historia política más ‘europea’ del continente, tanto por la (se repite nuevamente) *relativa* estabilidad institucional, o el esfuerzo por legitimar toda ‘salida de madre’ por un retorno al sistema democrático, como por la simultaneidad de su vida política con el entorno global.

Esto merece una explicación. Más que otros países latinoamericanos, Chile ha sido extraordinariamente sensible al acaecer del siglo en su historia política. En cierta manera hubo comunismo antes del comunismo soviético; en los años treinta existía el mismo arco político que en Francia;



la guerra fría tuvo su correspondencia sísmica al interior del país. Ha abrazado casi con mayor ingenuidad a los llamados tiempos ‘postmodernos’. Bondad o maldición, ésta es una forma genuina del ser chileno y, sospechamos, la forma de constituirse de la sociedades de una parte importante del mundo de nuestro tiempo. Esto indica que es muy difícil que una etapa cualquiera de su historia haya sido considerada *la* medida de su época, salvo en casos parciales, en algunos aspectos, en rasgos que puedan llamar la atención.

Chile ha tenido como rasgo político sobresaliente el alcanzar la democracia política, aunque ocasionalmente interrumpida con violencia decidida. Pero los procesos de democratización han sido insuficientes. Con todo, el crecimiento de una sociedad civil económica en estas dos últimas décadas es un fenómeno de gran alcance que de algún modo dará dinamismo a esos procesos. En este sentido, para que se les encauce debidamente es importante un aprendizaje y reaprendizaje de la vida pública, del *zoon politikon* por parte de los chilenos. Más que un diagnóstico altisonante emitido desde la seguridad de un momento de paz, ésta es la verdadera duda que, acerca del espacio público, arrojan los años noventa: el remanso ¿es de construcción política?

También se podría agregar que cuando se dice que la historia de Chile no ha tenido un orden democrático, se estaría denunciando que, con la idea de que ha habido democracia, se querría legitimar un orden jerárquico que sustraería la posibilidad misma de modernización integral. La misma idea de ‘orden’ cae bajo una mirada sospechosa, en una era en que existe la demanda de que *todo* debe caer bajo la sospecha. Un ‘orden’ sería nada más que legitimación-explicación de la realidad. O “el orden es la sublimación del poder”, como ha dicho Norbert Lechner<sup>6</sup>. O al contar la historia, en el caso de Chile, se estaría buscando un ‘supuesto orden’<sup>7</sup>. En una visión compleja de este asunto, en que se hace un análisis concreto y básico de la historia formativa del Chile republicano, se dice que es la “omnipresencia del concepto la que en ocasiones lo hace aparecer vacío de significado”. Ana María Stiven añade:

Sostenemos que cuando la clase dirigente se sentía confiada de la vigencia del orden, tenía una mejor disponibilidad hacia los requisitos de la modernidad y la actualización de la república; el temor al

---

<sup>6</sup> Norbert Lechner, *La conflictiva y nunca acabada construcción del orden deseado* (Santiago: Flacso, 1984), pp. 72-74.

<sup>7</sup> Alfredo Jocelyn-Holt, *El peso de la noche. Nuestra frágil fortaleza histórica* (Buenos Aires: Ariel, 1997), p. 201.

caos la llevaba, en cambio, a privilegiar el orden social y los esquemas de sociabilidad de una sociedad tradicional por sobre cualquier otro valor político<sup>8</sup>.

Estas palabras, independizándolas de la autora, nos llevan a considerar lo novedoso, la renovación, el cambio, la alteración desafiante e incluso el caos y la rebelión, como parte de la existencia histórica, en vinculación dialéctica con un 'orden'. Mejor dicho, el 'desorden' supone un trasfondo de 'orden', con lo cual recién puede perfilarse como alteración y búsqueda. En sí mismo, aisladamente, el desorden no es más que desnuda voluntad de poder. La vanguardia y la heterodoxia sólo adquieren sentido junto a la conservación y alguna cuota de ortodoxia; de otro modo, como tanto se ha repetido, la heterodoxia deviene aceleradamente en un despotismo nunca antes visto de ortodoxia. De esto se sigue también que la sociedad moderna, para ser tal, lleva de suyo la pervivencia de elementos premodernos o, de lo contrario, podrá haber estructura y jerarquía, pero no civilización.

Por último, al hablar de un libro de historia inevitablemente pensamos en el debate acerca de la memoria. Se dice que en Chile la memoria está 'reprimida'. No faltan razones que se puedan esgrimir en este sentido. El consenso de los años noventa se levanta sobre el olvido de los años setenta. Mas el lamento acerca del hastío por el consenso ¿no es en sí mismo un olvido? Un olvido de lo mucho que se lamentaba la pérdida de un consenso tácito con sus ventajas para construir un Estado de derecho. Más importante, no existe devenir histórico sin olvido. Todo se olvidará, lo que incluso es maldición bíblica: "No hay recuerdo duradero ni del sabio ni del necio; al correr de los días, todos son olvidados. Pues el sabio muere igual que el necio" (*Eclesiastés*, 2, 16). La memoria es una pugna constante, y casi siempre su defensa tiene corto alcance.

Recuerdo y olvido pertenecen a esas polaridades que tienen *status* antropológico. El viejo tema del 'historicismo' aflora al tratar todas estas cuestiones. El dilema entregado por Nietzsche, al tratar del provecho y de la desventaja del estudio de la historia, enseña que una excesiva inmersión en la historia nos lleva al embellecimiento y a tratar a todas las causas como iguales en fuerza física y moral. Además nos deja infecundos para tratar con el presente, ya que la sequedad es producto de 'saber mucho'. El olvido de la historia, por otra parte, nos hace irresponsables ante nosotros

---

<sup>8</sup> Ana María Stiven, "Una aproximación a la cultura política de la elite chilena: Concepto y valoración del orden social (1830-1860)", *Estudios Públicos*, 66 (otoño de 1997), p. 263.

misimos. En cambio, pensarla históricamente y desde la experiencia del presente nos rejuvenece confrontándonos con ese dilema<sup>9</sup>.

Cuando una versión de la memoria alcanza a dominar, aparecen nuevas generaciones que ponen en duda la certidumbre y la moralidad de su imagen: se la puede llamar ‘crítica de la ideología’, ‘desmitificación’, ‘deconstrucción’, pero siempre habrá esta pugna. El asunto es que si se ejercita la memoria desde la libertad, habrá más de un relato acerca de lo recordado, y tendrán que divergir entre ellos. Cuando en el Chile actual se habla de ‘rescatar la memoria’, se piensa despreocupadamente que la versión que surgirá será la que se avenga con el hablante; de esto resultará una memoria impuesta, opresiva, o quizás sencillamente una referencia retórica con un valor cada vez más alicaído. Lo que requerimos no es *la* memoria que desaprensivamente se invoca, sino que un esfuerzo constante por desarrollar un pasado verosímil con las formas de conocer, que es la historia escrita o historiografía, por una parte. Por la otra, estamos necesitados de la manera de construir o ‘inventar’ un futuro desde el presente, que es la esencia de la política moderna<sup>10</sup>. Quizás sea buena una cierta dialéctica entre ambas formas de mirar un pasado que es también un presente. Este libro la ofrece de manera entretenida en una época que, en la primera mitad de esta década, pudo ser mirada como ‘aburrida’, como dicen los autores. Siempre que exploramos más profundamente, aparece la fascinación de lo humano.

#### REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Collier, Simon. *Ideas y política de la independencia chilena 1808-1833*. Santiago: Andrés Bello, 1976; original en inglés, 1967.
- Gazmuri, Cristián. “Crítica al libro de Simon Collier y William Sater, *A History of Chile. 1808-1994*”. *Historia*, 31 (1998).
- Goetz, Walter. “Die Entstehung des Historismus”. En *Historiker in meiner Zeit. Gesammelte Aufsätze*. Colonia: Böhlau, 1957; original, 1947.
- Hobsbawn, Eric. *The Age of Extremes*.

<sup>9</sup> Al hablar de Friedrich Meinecke, Walter Goetz ilumina este problema en “Die Entstehung des Historismus” (Colonia: Böhlau, 1957), pp. 351-360. Original, 1947.

<sup>10</sup> Donde más se ha discutido el tema de la ‘memoria’ es en Alemania desde 1945. Es el caso paradigmático. De la infinidad, se puede escoger a Ernst Nolte, Alfred Grosser, Jerzy Holzer, *Zusammenbruch und Neubeginn. Die Bedeutung des 8. Mai 1945* (Berlín: Dokumentationsreihe der Freien Universität Berlin, 1985), que gira en torno al difícil caso de si el día de la capitulación, el 8 de mayo de 1945, hubo o no ‘liberación’. Sobre el caso de que cuando se rescata la memoria, surgen varias ‘Alemanias’, Jane Kramer, *The Politics of Memory. Looking for Germany in the New Germany* (Nueva York: Random House, 1996).

- Jocelyn-Holt, Alfredo. "Small earthquakes". *Times Literary Supplement*, 7 de febrero de 1997.
- . *El peso de la noche. Nuestra frágil fortaleza histórica*. Buenos Aires: Ariel, 1997.
- Kramer, Jane. *The Politics of Memory. Looking for Germany in the New Germany*. Nueva York: Random House, 1996.
- Lechner, Norbert. *La conflictiva y nunca acabada construcción del orden deseado*. Santiago: Flacso, 1984.
- Loveman, Brian. *Chile. The Legacy of Hispanic Capitalism*. Nueva York: Oxford University Press, 1988.
- Lowenthal, David. *The Past is a Foreign Country*. Cambridge: Cambridge University Press, 1988; original, 1985.
- Nolte, Ernst; Grosser, Alfred; y Holzer, Jerzy. *Zusammenbruch und Neubeginn. Die Bedeutung des 8. Mai 1945*. Berlín: Dokumentationsreihe der Freien Universität Berlin, 1985.
- Sater, William F. *The Heroic Image in Chile. Arturo Prat, Secular Saint*. Berkeley, Los Angeles: University of California Press, 1973.
- Stuven, Ana María. "Una aproximación a la cultura política de la elite chilena: Concepto y valoración del orden social (1830-1860). *Estudios Públicos*, 66 (otoño de 1997).
- Thomson, David. *Historia mundial 1914-1968*. México: Fondo de Cultura Económica, 1970; original, 1954.
- Vitale, Luis. *Interpretación marxista de la historia de Chile. De Alessandri P. a Frei M. (1932-1964). Industrialización y modernidad*. Tomo VI. Santiago: Lom, 1998.